

partida de la guardia imperial y la del emperador para el ejército. Así se resolvió no hacer salir la guardia imperial rusa de San Petersburgo hasta que hubiera salido de París la guardia imperial francesa, y el mismo Alejandro proyectó no abandonar su capital hasta que Napoleón hubiera abandonado la suya. Más tarde se verá que sólo en este punto no llevó hasta lo último su sistema.

En el propio sentido fué dirigida la diplomacia. Evidentemente nada había que esperar de Prusia, ni de Austria. Todo lo que se podía obtener de estas potencias era la neutralidad, y eso si Napoleón se la consentía; pero no había que pensar en una cooperación por su parte. Sin embargo, ciertas alianzas se brindaban con ardor y casi con importunidad, como la de Inglaterra y, ¿podría creerse?, la de Suecia. La alianza de Inglaterra era natural, legítima, é inevitable al primer cañonazo que se disparara entre Francia y Rusia. En su afán por anudarla, el gabinete británico había elegido el pretexto de una demanda de salitre, hecha por Rusia al comercio neutral, para despachar á Riga unos doce buques cargados de pólvora. Además envió á Suecia un agente, Mr. Thorton, quien á la menor esperanza de ser acogido, debía lanzarse al primer puerto ruso que le fuera abierto. Entretanto Mr. Thorton debía procurar en Estokolmo abocarse con la legación rusa, valiéndose del gabinete sueco para que se pusiera buena cara á sus aberturas.

Conviene repetir que nada más natural que esta impaciencia del gabinete británico; sólo cabe afirmar que era harto petulante, y que, adelantándose tan pronto, se exponía á proporcionar la avenencia, si aun era posible, de aquellos á quienes quería desunir para siempre. Pero Suecia, ó, por hablar con más exactitud, el príncipe que debía á Francia su ascenso á las gradas de aquel trono, se empleaba con ardimiento en buscarlos enemigos y en anudar alianzas en nuestra contra. Esto, que es capaz de sorprender y aun de sublevar á todo corazón honrado, era lo que se veía entonces, y formaba una de las partes que más resaltaban en el cuadro extraordinario que se ofrecía á la sazón á los ojos del mundo.

El príncipe Bernadotte, elegido heredero del trono de Suecia en la ocasión, con el designio, y de la manera que se ha visto, se acababa de constituir definitivamente como el enemigo más activo y menos disfrazado de Napoleón. La negativa de la Noruega, acto tan honrado de una política que no lo era siempre, el desdeñoso silencio prescrito á la legación francesa, habían despertado en su corazón el odio antiguo que contra Napoleón abrigaba, y este odio, ¿podría creerse?, tenía por raíz la envidia. Envidioso por naturaleza, osaba tener celos del que siempre hubiera debido quedar fuera de alcance para su envidia, tanto la superioridad de gloria y de situación imposibilitaba que el general Bonaparte y el general Bernadotte pudieran ser parangonados de ninguna manera. Se concebiría que este último tuviera celos de Moreau, de Massena, de Lannes, de Davout, aunque le superaban mil veces; pero para tenerlos de Napoleón se necesitaba la locura de la envidia en un espíritu y un corazón pequeños. Investido un momento con la regencia, de resultados de la salud intercadente del monarca reinante, privado luego de este papel á causa

de que el monarca había temido una alteración demasiado grande en las relaciones con Francia, pero continuando en secreto como el principal motor de los negocios, repentinamente había fijado su vista en los partidos, que al principio no le habían llamado al trono, en el partido inglés, compuesto de comerciantes y propietarios que vivían del contrabando, en el partido de la aristocracia, que detestaba á Francia y sus revoluciones, diciéndoles por todos los tonos, según las circunstancias y casi siempre con singular imprudencia, que no pensaba ser esclavo de Napoleón; que era sueco y no francés; que si convenía á Francia arruinar á Suecia privándola de su comercio, no se prestaría á tal cosa, y que ante todo pensaba en la prosperidad de su nueva patria. Respecto de los que le habían elegido y eran parciales de Francia, apasionados por la revolución de 1789, por la antigua grandeza sueca, por la gloria de las armas, todo lo cual les había inducido á elegir un general francés, hablábales de honor, de patria, de valor militar, y sin indicar dónde ni cómo, prometía guiarlos á la victoria y restaurar la grandeza de Suecia. Halagando así á todos los partidos por el lado que más les tocaba, había procurado asimismo atraerse las legaciones inglesa y rusa, existente la primera de un modo clandestino y la segunda oficialmente en Estokolmo, haciendo oír á cada una lo que mejor podía convenirle. A una y otra dijo que estaba resuelto á sacudir el yugo de Francia; que si las principales potencias estaban determinadas á dar la señal él la seguiría; que conocía el lado flaco del genio y del poder de Napoleón, y enseñaría el secreto de batirle; que ya era mucho el general Bernadotte de menos en los ejércitos franceses; y que si Inglaterra y Rusia querían entenderse con Suecia, les podría ser de inmenso auxilio; que cuando Napoleón se hallara engolfado en Polonia, donde estuvo á punto de perecer en 1807, y donde pereciera á no ser por los servicios del general Bernadotte, podría él, príncipe real de Suecia, bajar al continente con treinta mil suecos, y aún con cincuenta mil si se le daban subsidios, é insurreccionaría toda la Alemania á espaldas del ejército francés. Por galardón de este socorro pedía, no la Finlandia, pues conocía ser necesaria á Rusia, sino la Noruega, que era poco razonable dejar á Dinamarca, constante aliada de Napoleón y traidora á la causa de Europa.

Estas revelaciones, hechas con indiscreción increíble á Inglaterra y Rusia, habían excitado cierta especie de desconfianza, tanto movían á asombro, y tan poca estimación inspiraban hacia el autor de ellas. Dirigidas hasta el rey de Prusia en una entrevista secreta pedida á su embajador, habían sublevado la honradez de este monarca, el cual no se atrevió á denunciarnos este infiel hijo de Francia, si bien nos hizo ver harto claramente la necesidad de vigilarle. Por lo que hace á las potencias ya en lucha con nosotros, como Inglaterra, ó próximo á estarlo, como Rusia, habían contemplado á un enemigo de Napoleón de quien podían sacar partido, sin fiarse de él á pesar de todo. A fin de acercarse mejor de una á otra, el nuevo príncipe sueco había tratado de valerse de la antigua influencia sueca en Turquía, para negociar la paz entre turcos y rusos, y hasta entabló negociaciones encaminadas á este objeto, ora en San Petersburgo, ora en Constantinopla. Así este per-

sonaje, tan nuevo en la escena del mundo, y tan inesperado enemigo de Francia, se brindaba á avenir á Rusia é Inglaterra, á Rusia y la Puerta, y quería ser á toda costa el nudo de todos estos lazos, la espada de todas estas coaliciones.

Alejandro, en su sistema de reserva que, según acabamos de decir, tenía por objeto poner todos los desafueros de parte de su adversario y mantenerse libre de todo compromiso, á fin de hallarse en aptitud de optar por la paz hasta el último instante, no quería prestarse á las impacencias de Inglaterra, ni á las intrigas de Suecia, cuya conversión le parecía demasiado rápida para merecer confianza. Una reflexión hizo muy natural y muy sencilla, la de que, una vez consumada la ruptura con Francia, la paz con Inglaterra sería asunto de una hora; que se establecerían las condiciones que él quisiese; que, hechos sus aprestos militares durante un año y durante diez los de Inglaterra, un retraso de dos ó tres meses en la avenencia no perjudicaría á la organización de sus recursos, y que el empleo de estos recursos no se podría regularizar bien hasta el momento mismo de las hostilidades; que así no tenía por qué darse prisa y que en anticiparse algún tanto nada ganaría más que comprometerse con Napoleón y sacrificar las últimas esperanzas de paz de una manera definitiva. Consiguientemente rehusó los bajeles cargados de pólvora, obligólos á salir de las aguas de Riga, con la amenaza de alejarlos á cañonazos si oponían resistencia, y dió á entender á Mr. Thorton que todavía no era tiempo de presentarse á San Petersburgo. En cuanto á Suecia, como estaba menos seguro de tenerla á su lado, porque al modo que esta potencia, en su movilidad ambiciosa, había abandonado á Napoleón por un desengaño, podía abandonar á Rusia por las aberturas rechazadas, Alejandro resolvió escuchar sus increíbles designios, y aparentar que les daba oídos con la atención de que eran merecedores, y que reflexionaba sobre ellos con la madurez que exigía su importancia. Alejandro envió al príncipe Bernadotte magníficas pieles, y el prodigio las manifestaciones personales más lisonjeras. Respecto de Turquía, la cual rechazaba obstinadamente las condiciones propuestas y de ningún modo quería ceder la Moldavia hasta Sereth, ni consentir en el protectorado de los rusos sobre la Valaquia y la Servia, ni desprenderse de la menor porción de territorio á lo largo del Cáucaso por pequeña que fuese, ni pagar ninguna indemnización de guerra, con la persuasión de que, resistiendo algunos días más, estrechada Rusia por las armas de Francia se vería obligada á desistir de todas sus pretensiones, modificó Alejandro una vez más las condiciones propuestas, renunciando al protectorado sobre la Servia y la Valaquia, al territorio exigido á lo largo del Cáucaso, á la indemnización de guerra, pero insistió en obtener toda la Besarabia y la Moldavia hasta Sereth, y se lisonjeó de obtener la paz mediante estas nuevas condiciones, lo cual le debía dejar libre para disponer de todas sus fuerzas contra Francia.

Tales eran los planes de Rusia, planes, como se ve, muy bien entendidos, y muy adaptados á su situación sobre todo. Según el estado á que habían llegado las cosas, no se podía ya pensar en enviar á Mr. de Nesselrode á París, pues no valía la pena de darse apariencias de implorar la paz para no obtenerla. Así el proyecto

de este paso fué abandonado, con satisfacción de monsieur de Romanzoff, harto irreflexiva. Alejandro dió parte de esta nueva resolución á Mr. de Lauristón con un dolor no disimulado: díjole que el correo partido de París el 13 de enero no dejaba ni una sola esperanza de salvar la paz; que le pesaba mucho, porque no había cesado de deseársela sinceramente; que, para conservarla, había resuelto atenerse á las condiciones de Tilsit, esto es, á continuar hostil á Inglaterra, hasta á sufrir el despojo de los Estados de Oldemburgo, salvo una indemnización que Francia fijaría á su gusto, y á consentir la existencia del gran ducado de Varsovia, con tal de que no se quisiera hacer de este ducado un principio de reino de Polonia. Además dijo que siempre estaba resignado á concurrir al bloqueo continental, cerrando sus puertos al pabellón británico, y buscando este pabellón bajo todas las denominaciones que usurpara; pero que le era imposible llevar este esmero hasta excluir el comercio americano totalmente, pues equivaldría á reducir su país al estado de miseria en que se encontraba Polonia; que los americanos á quienes recibía se comunicaban sin duda con los ingleses, y así lo reconocía, pero que de su nacionalidad estaba seguro, y no los admitía cuando inspiraban la más leve duda; que si se negaba á admitirlos después de haberse comunicado con los ingleses, no podía recibir á ninguno de ellos, lo cual sería ruinoso para Rusia, y por otra parte no podía ser obligatorio sino por efecto de los decretos de Berlín y Milán, en los cuales no tuvo participación alguna; que cien veces había repetido estas cosas y por última vez las repetía, para testificar bien lo que llamaba *su inocencia*; pero que ningún poder del mundo le haría salir de los términos que había fijado y aún fijaba; que sostendría una guerra de diez años, si era forzoso, y se retiraría al fondo de la Siberia antes que descender á la situación de Austria y Prusia; que provocando Napoleón esta ruptura, apreciaba muy mal sus verdaderos intereses; que ya Inglaterra tocaba casi al término de sus recursos; que siguiendo en mantenerla incomunicada, cual lo estaba entonces, y volviendo contra lord Wellington las fuerzas preparadas contra Rusia, se lograría la paz antes de un año; que procediendo de otro modo se iba á lanzar Napoleón á sucesos desconocidos é incalculables, y á devolver á Inglaterra todas las eventualidades de triunfo que había perdido. Alejandro añadió que perseveraría en la línea que se había trazado; que sus tropas permanecerían detrás del Niemen, y no serían las primeras en cruzarlo; que quería que su nación y el universo fueran testigos de que la agresión no era suya, que llevaba este escrúpulo hasta el extremo de negarse á oír una sola proposición de Inglaterra; que había despedido su pólvora; que despediría á mister Thorton de igual manera, si Mr. Thorton se presentaba, sobre lo cual empeñaba su palabra de honor de hombre y de soberano. Por último dijo Alejandro que, en semejante estado de cosas, el envío de Mr. de Nesselrode no era posible; que su dignidad se lo prohibía igualmente que el buen sentido, pues esta misión no conduciría á nada. Insistiendo Mr. de Lauristón en sostener que Mr. de Nesselrode sería en París bien acogido, expresóle Alejandro lo que ya hemos referido del significativo silencio de Napoleón acerca de la misión de Mr. de Nesselrode, de su frialdad para con el

príncipe Kourakín, datando precisamente desde que de esta misión se tuvo noticia, y acabó por declarar cómo se había sabido por otra vía que Napoleón lo desaprobaba. Esta vía, que Alejandro indicaba sin nombrarla, era la de Prusia, la cual con intención muy sana, creyendo ser útil al mantenimiento de la paz, había comunicado las reflexiones de Napoleón sobre el inconveniente de meter demasiado ruido con el viaje de Mr. de Nesselrode. Así, por desear honradamente la paz, esta potencia había dañado á tal causa en vez de servirla.

Al usar Alejandro de este lenguaje, mostróse más conmovido que nunca, bien que no menos resuelto que conmovido, y evidentemente habló como hombre que no temía manifestar el sentimiento que le ocasionaba la guerra, por lo determinado que estaba á hacerla y á hacerla terrible. Dejó á Mr. de Lauristón tan afectado como él lo estaba, porque este ciudadano excelente sentíase como desesperado ante la idea de las hostilidades previendo lo que podría resultar de ellas.

Por lo demás debía á Alejandro una acogida amigable del todo y había sido colmado de atenciones. Sólo por corresponder á las frialdades de que el príncipe Kourakín había sido objeto, se le convidaba menos á menudo á comer en la corte, y la intimidad de la familia imperial; mas dondequiera que se le encontrase, eran las mismas las atenciones á su persona. Comprendido fué por la sociedad de San Petersburgo el ejemplo que le daba Alejandro. Mr. de Lauristón hallaba en todas partes infinitas contemplaciones, reservada cortesanía, resolución tranquila sin jactancia, y dolor sin debilidad. No había punto donde no viese personas que temieran la guerra, bien que decididas á aceptarla más bien que retroceder un ápice de los límites que el emperador había trazado. Ni injurias, ni malos tratamientos experimentaban los franceses en parte alguna. Esperábase con calma el momento de lanzarse á los furores del patriotismo y del encono.

Mr. de Lauristón, que había recibido del 25 de enero al 3 de febrero todas las comunicaciones, de que acabamos de dar cuenta, transmitiólas á su corte por un correo despachado el 3 de febrero con exactitud escrupulosa, añadiendo á ellas una pintura tan fiel como persuasiva del estado de los ánimos en San Petersburgo. Su correo llegó á París del 15 al 17 de febrero. Precedido había sido por otros que anunciaban poco más ó menos el mismo estado de cosas, y que hacían presumir que Mr. de Nesselrode ya no partiría, lo cual declaraba el último de un modo indudable.

Seguro Napoleón de que Mr. de Nesselrode ya no iría á París, había logrado sus fines, mas hallaba á Rusia demasiado resuelta, y aunque le pareciese bastante intimidada para no tomar la ofensiva, siempre recelaba que la arrastrasen á cruzar el Niemen espíritus fogosos, y á tomar la delantera en Königsberg y Dantzick á los franceses. De consiguiente resolvió concluir sin demora sus alianzas y poner desde luego en marcha sus tropas, á fin de no llegar el último al Vístula, y cuidó de acompañar estos actos decisivos con algunos pasos políticos de índole propia á calmar las emociones del gabinete ruso, haciéndole concebir ciertas esperanzas de paz.

Hasta ahora no había querido Napoleón concluir

sus alianzas por miedo de que Rusia estuviese demasiado alerta, y hacía esperar particularmente á la infeliz Prusia, temerosa de continuo de que se ocultara algún abominable lazo en tan prolijas dilaciones. Se debe hacer memoria de que Napoleón había exigido imperiosamente de ella la interrupción de sus armamentos, amenazándola con quitarle á Berlín, Spandau, Graudentz, Colberg, el rey, el ejército y cuanto quedaba de la monarquía del gran Federico, si no ponía fin á sus aprestos, y empeñándola por el contrario su palabra, si cedía, de concluir con ella un tratado de alianza, por cuyo primer artículo se estipularía la integridad del territorio prusiano. Desde el mes de octubre último la tenía en suspenso bajo pretextos diferentes, hasta que al cabo explicó el motivo de sus aplazamientos, muy sostenible y satisfactorio. Llegado el mes de febrero, y las cosas á punto de no haber dilaciones, tomó su partido, y causó un ostensible movimiento de alegría al monarca y á Mr. de Hardenberg, anunciándoles que se iba á firmar el tratado de alianza. El monarca prusiano, á quien Prusia había empujado tanto á la guerra en 1805, y abandonado tan por completo en 1807, no se creía con deberes más que respecto de su país y su corona, y persuadido además, como todo el mundo, de que otra vez sería Napoleón la victoria, no pudiendo permanecer neutral, se declaraba aliado suyo. Su política á la sazón era, puesto que daba á Napoleón un contingente, dárselo todo lo fuerte que estuviere á su alcance, á fin de que al celebrarse la paz hubiera de concederle una gran recompensa en restituciones de plazas fuertes, en disminuciones de contribuciones de guerra, en extensión de territorio. Hasta cien mil hombres ofrecía, si se consideraban necesarios, buenos soldados todos, mandados por el respetable general de Grawert, y prontos á prestar muy buenos servicios tan luego como viesan en la alianza francesa la certidumbre de la restauración de su patria. Por galardón del socorro solicitaba el rey de Prusia una de las plazas del Óder quedadas en manos de Napoleón como prenda, la de Glogau, por ejemplo, que no estando como Stettin ó Custringen en el camino que habían de llevar sus tropas, importaba menos á Francia; además la exención de los 50 ó 60 millones que aún debía al tesoro francés el tesoro prusiano, y por último al tiempo de la paz un ensanche de territorio, proporcionado á los servicios que prestara el ejército de Prusia. A mayor abundamiento el rey Federico Guillermo hubiera deseado que se neutralizara para él y su corte un territorio, especialmente el de Silesia, adonde se retiraría, lejos del tumulto de las armas, pues Berlín, situado al paso de todos los ejércitos de Europa, no iba á ser más que una ciudad de guerra.

Otra era la política de Napoleón, y no entendía destruir la Prusia, ni restaurarla. Bastábale hallarla sumisa y desarmada en su camino, y no contaba lo bastante con los soldados prusianos para permitir que volviera á armar un gran número de ellos. No desconfiaba precisamente de su valor ni de su lealtad, pero se figuraba con razón que en un día de adversa fortuna para sus armas se sentirían arrastrados por el espíritu germánico todos. No quería, pues, que Prusia tuviera más soldados que los permitidos según los tratados vigentes (cuarenta y dos mil), ni que hiciese excesivos gastos, y sa-

case de aquí pretexto para no cumplir sus compromisos pecuniarios respecto de Francia. Por estos motivos rechazó de plano sus proposiciones, diciéndole que le bastaban veinte mil prusianos, y que no eran soldados los que necesitaba para batir á Rusia, sino víveres y caballos para transportarlos. De consiguiente negóse á disminuir las contribuciones de Prusia, puesto que no tendría que soportar enormes dispendios, y sólo consintió en tomar caballos, bueyes, granos, en compensación del dinero que aún debía. Igualmente se negó á la restitución de Glogau, manifestando que esta plaza se hallaba en su línea de operaciones, y que además, una vez admitida la alianza, todo venía á ser común entre Francia y Prusia, no tenía el rey por qué echar de menos ninguna de sus fortalezas. En cuanto á la solicitud de neutralizar la Silesia, respondió fundadamente que estaba pronto á admitirla, pero que para neutralizar esta neutralidad no bastaba Francia, necesitándose sobre todo obtenerla de Rusia. Respecto de la integridad del actual territorio prusiano y de una mejora de fronteras al tiempo de la paz, no opuso dificultad á empeñar promesas.

Ninguna cuestión podía suscitar Prusia, caída como estaba, y de consiguiente el 24 de febrero firmóse un tratado, cuyas condiciones se reducían á lo siguiente. Prusia se comprometía á presentar veinte mil hombres, puestos inmediatamente á las órdenes de un general prusiano, pero obligados á obedecer al jefe del cuerpo de ejército francés en donde estuvieran sirviendo. Los veintidós mil hombres restantes de Prusia debían estar distribuidos de este modo: cuatro mil en Colberg, tres mil en Graudentz, plazas que se reservaba exclusivamente el rey de Prusia, dos mil en Potsdam para custodia de la real residencia, y el resto en Silesia. Exceptuando Colberg y Graudentz, en las ciudades cerradas ó abiertas no debía haber más que milicias urbanas. La contribución de guerra, de que Prusia había quedado deudora á Francia, se fijaba definitivamente en cuarenta y ocho millones, pagaderos veintiséis de ellos en cédulas hipotecarias ya entregadas, catorce en suministros, ocho en dinero, pagaderos estos últimos al fin de la actual guerra. De los catorce millones, pagaderos en especie, se debían suministrar quince mil caballos, cuarenta y cuatro mil bueyes, y una considerable cantidad de cebada, avena y forrajes. Convínose en que á orillas del Vístula y del Óder se reunirían estos suministros.

Bajo estas condiciones Napoleón garantizó á Prusia su actual territorio, y para el caso de una guerra feliz contra Rusia, le prometió una extensión de fronteras en resarcimiento de sus pérdidas anteriores. A pesar de las quejas de los prusianos contra Francia, este tratado debía merecer la aprobación de las personas juiciosas, pues no teniendo el rey de Prusia por qué guardar consideraciones á Rusia, hacía bien de buscar sus seguridades donde esperaba hallarlas. Respecto de Napoleón, no volviendo á la política, ya tardía entonces, de reconstruir una Prusia grande y fuerte, que teniendo todo de él, le fuera fiel con perseverancia, nada mejor que proceder como procedía, esto es, desarmándola, dispersando parte de sus soldados, llevando otra parte consigo para no dejarlos á espaldas del ejército francés, comiéndose por último sus géneros y sus ganados y haciendo uso de sus caballos.

TOMO VIII

Con Austria la posición era muy diferente, como que no temía por su existencia, ni tenía necesidad alguna de ser aliada de Napoleón, pues lejos de estar como Prusia bajo la mano de cuatrocientos mil franceses, iba á tener casi á su discreción la Italia, tan luego como partiera de allí el príncipe Eugenio. Así hubiera querido eludir la alianza francesa, permanecer espectadora de la lucha, y sacar después algunos provechos del vencedor á costa del vencido. Se inclinaba á creer que Napoleón alcanzaría la victoria, y bajo este aspecto pensaba que más tendría que ganar con él que con el emperador Alejandro; pero para mayor seguridad, hubiera preferido no comprometerse con ninguno de ellos, y ahorrarse de hacer en San Petersburgo la declaración desagradable de unirse á Francia contra Rusia. Pero no había medio de librarse de la mano de hierro de Napoleón. Con él era forzoso pronunciarse en pro ó en contra; y al cabo, siendo su triunfo más probable que el de Alejandro, en declararse á favor suyo había la ventaja probable de recobrar la Iliria, es decir, Trieste, que de todas sus pérdidas era la que sentía más vivamente el Austria. Por lo demás, después de dar su hija á Napoleón en matrimonio, la alianza francesa era para el emperador de Austria natural y fácilmente explicable.

Por tanto la corte de Viena consintió en un tratado de alianza con Francia, bien que exigiendo el mayor secreto, y reclamando que este tratado sólo fuera conocido lo más tarde posible, pues como decía Mr. de Metternich, en Austria nadie más que el emperador y él eran parciales de esta alianza, y si se veceaba tal negociación demasiado pronto, quizá surgieran desde luego oposiciones insuperables. Además era preferible sorprender á Rusia, presentándole de improviso un cuerpo de ejército con quien no pensaba habérselas en Volhynia. Este cuerpo se hallaría completamente listo en Galitzia, donde ya se estaba juntando, bajo pretexto de tener tropas de observación en la frontera. Por consiguiente en el secreto nada se perdía, y antes bien se ganaba todo.

Napoleón se prestó á guardar el secreto, porque lo que le importaba era contar con Austria, siéndole indiferente el día en que se conociera esta alianza. Además participaba de la idea de tenerla oculta, con el designio siempre fijo en su mente de no apurar la paciencia de los rusos sino lo más tarde posible.

Se convino, pues, por tratado auténtico, firmado el 16 de marzo, en que Francia y Austria se garantizarían recíprocamente la integridad de sus Estados actuales; en que para la presente guerra suministraría el Austria un cuerpo de treinta mil hombres; en que se habría dirigido á Lemberg para el 15 de mayo, á condición de que por esta época ya el ejército francés, de resultados de su movimiento ofensivo, hubiera atraído á sí las fuerzas rusas; en que este cuerpo, mandado por un general austriaco (el príncipe de Schwarzenberg), estaría bajo las órdenes directas de Napoleón; y por último, en que si el reino de Polonia era restablecido, Francia en compensación del auxilio prestado por Austria la indemnizaría en Iliria, y en que de todos modos, si era feliz la guerra, trataría al emperador Francisco en la nueva división de territorios conforme á la amistad que debía unir á un yerno y á un suegro.

Según se ve, este tratado comprometía al Austria á

una débil ayuda, y le dejaba la facilidad de decir en San Petersburgo que era aliada solo por mera forma, y á fin de evitar con Francia una guerra, para la cual no estaba preparada. Por otra parte derecho tenía para manifestar que, obrando de este modo, no hacía más que lo que hizo Rusia en 1809.

Tocante á Napoleón cabe decir que había logrado del Austria cuanto era posible sacar de ella, obligándola á contraer un compromiso formal por cuya virtud una traición era inverosímil, ya que no imposible, y apelando escasamente á la actividad de los soldados austriacos, teniéndolos por cooperadores muy flojos, capaces en determinadas circunstancias de ser contrarios muy activos. Al propio tiempo había hecho resplandecer ante los ojos de Austria una esperanza que podía ser prenda de la sinceridad de esta potencia, la esperanza de recobrar la Iliria.

Después de haber concluído estos tratados de alianza, sobre los cuales se estaba de acuerdo cuatro ó cinco semanas antes de firmarlos, dedicóse Napoleón definitivamente á poner en movimiento sus tropas. Ya había prescrito al ejército de Italia que se concentrara al pie de los Alpes, y al mariscal Davout que estuviera pronto á volar sobre el Vístula, si, contra todas las verosimilitudes, se anticipaban á pasar el Niemen los rusos. Preparado ya todo, ordenó las primeras marchas, bien que de modo de no estar junto al Niemen antes de mayo. Véase cómo distribuyó su ejército numeroso, el mayor que se haya visto desde los conquistadores bárbaros que hacían mudar de lugar á pueblos enteros, el mayor de seguro entre todos los ejércitos regulares que han existido nunca, pues era la más vasta reunión conocida de guerreros útiles, disciplinados é instruídos, sin aquella mezcla de mujeres, de niños y de criados que constituían en lo antiguo las tres cuartas partes de los ejércitos invasores. A reproducir vamos los guarismos exactos recogidos en los estados particulares de Napoleón, mucho más puntuales que los que tenía el ministerio de la Guerra.

Aunque Napoleón había delegado en el mariscal Davout, á causa de la especialidad de su talento, la organización de la mayor parte del ejército de operaciones, no le dió á mandar tantas tropas como había organizado, reservándose disponer de las grandes masas. Sólo quiso que, hallándose el mariscal más próximo al teatro de la guerra, más á la mano para obrar en el caso de que pasaran el Niemen los rusos, tuviese una fuerza bastante para contenerlos. Fióle, pues, cinco divisiones francesas sin rivales, como que eran las tres antiguas de Morand, Friant y Gudín, transformadas en cinco, llevando cada regimiento de tres á cinco batallones de guerra. Para completarlos se habían añadido algunos batallones badenses, españoles, holandeses, anseáticos, encerrados en excelentes cuadros. Dos jefes de mérito sumo, los generales Compán y Desaix, debían mandar las dos nuevas divisiones. Una polaca, la que estaba en Dantzick y de su guarnición no formaba parte, era la sexta, y se componía de buenos soldados que en 1809 hicieron con éxito la campaña contra los austriacos.

Napoleón había conservado la antigua distribución de sus tropas de á caballo en caballería ligera destinada á los reconocimientos, en caballería de reserva para los ataques en línea. Ésta se componía en proporción de-

terminada también de caballería ligera, pero sobre todo de caballería pesada y media, es decir, de coraceros, de lanceros y de dragones. A causa de su fuerza hallábase dividida esta reserva en cuatro cuerpos. Cinco regimientos de caballería ligera y dos divisiones de coraceros formaban el primero, que fué incorporado al ejército del mariscal Davout. Éste reunió, pues, cerca de ochenta y dos mil hombres de infantería y de artillería, tres mil quinientos hombres de caballería ligera, particularmente agregada á su cuerpo, y once ó doce mil de caballería de reserva, es decir, de noventa y cinco á noventa y siete mil hombres de las mejores tropas que existían en Europa. Debían llevar el título de primer cuerpo, y su cuartel general era Hamburgo.

Además Napoleón confió al mariscal Davout la división prusiana de diez y seis á diez y siete mil hombres, que estaba puesta bajo las órdenes inmediatas del general Grawert, con lo cual llegó á reunir este mariscal muy cerca de ciento catorce mil soldados bajo su mando.

Al mariscal Oudinot dió Napoleón el segundo cuerpo, formado de las divisiones estacionadas en Holanda y del resto de las tropas organizadas por el mariscal Davout y no puestas á sus órdenes. Constaba de las dos divisiones francesas de Legrand y Verdier, compuestas de parte de las antiguas divisiones de Massena y de Lannes, y de una hermosa división suiza, á la cual se habían añadido algunos batallones croatas y holandeses. Con la caballería ligera, la artillería y una división de coraceros, sacada de la reserva de caballería, se elevaba este cuerpo á cerca de cuarenta mil hombres de tropas no menos excelentes. Su cuartel general estaba en Múnster. Tres ó cuatro mil prusianos, resto de los que debía suministrar Prusia, y destinados al segundo cuerpo, custodiaban los puestos de Pillau, de Nehrung, y todos los que cierran el Frische-Haff.

Con el título de tercer cuerpo fió Napoleón al mariscal Ney, cuya energía anhelaba utilizar especialmente en esta campaña, el resto de las antiguas tropas de Massena y de Lannes, reunidas en dos hermosas divisiones francesas á las órdenes de los generales Ledrú y Razout. A éstas añadió los wurtembergueses que ya habían servido á las órdenes del mariscal Ney, sumando así un total de treinta y nueve mil hombres de infantería, de artillería y de caballería ligera. Proponiéndose Napoleón valerse del mariscal Ney para los golpes vigorosos, le agregó un cuerpo entero de caballería de reserva, que fué el segundo y ascendía como á diez mil jinetes, la mayor parte coraceros. A Ney se le había señalado por cuartel general á Maguncia.

El ejército del príncipe Eugenio recibió el título de cuarto cuerpo. Se componía de dos divisiones de infantería francesa de lo mejor que había en el antiguo ejército de Italia, de una división italiana, que había llegado á ser excelente, y de la guardia real. En totalidad podía subir á unos cuarenta y cinco mil soldados de todas armas, de los cuales era jefe natural el príncipe Eugenio, con el general Junot por principal lugarteniente.

De quinto cuerpo dió Napoleón el título al ejército polaco. Se acababa de ver que una división polaca, á sueldo de Francia, había sido ya dada al mariscal Davout: otras dos divisiones, una de ellas especialmente compuesta de los regimientos del Vístula, se hallaban

también á sueldo de Francia, y debían mezclarse con las tropas francesas. Bajo sus órdenes especiales tuvo el príncipe Poniatowski el ejército polaco propiamente dicho, que estaba á sueldo del gran ducado de Varsovia y había ya hecho á sus órdenes la campaña de 1809, campaña tan honorífica para los soldados como para el general en jefe. Este quinto cuerpo, fuerte de cerca de treinta y seis mil hombres de todas armas, tenía su cuartel general en Varsovia.

Los bávaros en número de veinticinco mil hombres, que servían con los franceses desde 1805, tomaron el título de sexto cuerpo, y fueron confiados al general Saint-Cyr, á quien Napoleón por causa de su mérito restituyó á su gracia, á pesar de una indocilidad de carácter molesta á menudo. Bayreuth era el punto de reunión de los bávaros, y allí debían encontrar al ejército de Italia para pelear á su lado. Procurando Napoleón compensar las diferencias de nacionalidad por contemplaciones particulares, había resuelto unir á los bávaros y los italianos, á causa de las relaciones, no sólo de parentesco, sino de cariño que unían al príncipe Eugenio y á la corte de Baviera.

En número de diez y siete mil los sajones, también buenos soldados, y de entre los alemanes los menos hostiles á Francia, porque había restituído á su rey la Polonia, fueron puestos á las órdenes del general Reynier, sabio oficial, muy idóneo para mandar á alemanes, y ya conocido por sus servicios tanto en España como en otras partes. Todos éstos tomaron el título de séptimo cuerpo, y debían servir naturalmente con los polacos. Orden tuvieron de juntarse en Glogau junto al Oder, y de dirigirse lo más rápidamente posible á Kalisch, á fin de correr hacia el Vístula, si los polacos necesitaban de su socorro.

Últimamente los westfalianos, organizados por el rey Jerónimo con esmero, bien que contándose entre ellos muchos hesseses, soldados más briosos que adictos á su nuevo soberano, formaron el octavo cuerpo, y debieron concentrarse alrededor de Magdeburgo en número de diez y ocho mil hombres.

Dos tropas admirables quedaban, la caballería de reserva y la guardia imperial. De los cuatro cuerpos que componían la caballería de reserva, dos habían sido agregados, al mariscal Davout uno, al mariscal Ney otro, y además una división de coraceros había sido momentáneamente incorporada al mariscal Oudinot. Napoleón se reservaba volverlos á tomar según las circunstancias y los lugares, y reunirlos en caso de necesidad bajo su mano. La porción de esta caballería magnífica, no agregada todavía á cuerpo alguno de ejército, constaba de quince mil soberbios jinetes, que juntamente con la guardia imperial seguían entretanto su marcha. Por lo que hace á ésta había llegado á formar un ejército verdadero, pues ella sola contaba no menos de cuarenta y siete mil hombres, entre los cuales había seis mil jinetes escogidos y algunos miles de artilleros para servir una reserva de doscientas bocas de fuego. Dividida había sido en dos cuerpos, uno de joven guardia compuesto de los tiradores y cazadores, otro de joven guardia compuesto de los fusileros y granaderos, de la caballería, la reserva de la artillería, y los regimientos del Vístula, dignos por sus sentimientos de servir en la guardia imperial.

El primer cuerpo de la guardia estaba á las órdenes del mariscal Mortier, el segundo á las del viejo mariscal Lefebvre. No se podían dar jefes de más peso á soldados más valerosos. Ningún punto de reunión tenía la guardia hasta que el cuartel general se fijara en alguna parte. Por el momento partía clandestinamente de París y sus alrededores, regimiento tras regimiento, con dos destinos provisionales, Berlín y Dresde. Una vez llegado Napoleón al ejército se debía agrupar completa en torno suyo. A esta larga enumeración hay que añadir el gran parque de ingenieros, comprensivo de los zapadores y minadores, de los pontoneros y operarios de todas clases; el parque de artillería, comprensivo de todos los útiles propios de esta arma; finalmente el tren de equipajes, comprensivo de todos los carros, lo cual presentaba todavía una masa de diez y ocho mil hombres, guiando una inmensidad de caballos.

Tal era el ejército activo tan sólo, el que debía cruzar el Niemen y penetrar en lo interior de Rusia. Sin contar los enfermos, los destacados, cuyo número considerable se va á ver en breve, los austriacos, distantes del teatro de las operaciones, este ejército activo presentaba en hombres, positivamente reunidos bajo bandera, la masa enorme de cuatrocientos veintitrés mil soldados, todos válidos y perfectamente instruídos, de los cuales trescientos mil eran de infantería, sesenta mil de caballería, treinta mil de artillería, arrastrando consigo mil bocas de fuego de campaña, seis trenes de puentes y víveres para un mes llevados en carros. En vez de tener víveres para un mes solo, debíanlos juntar para dos en breve, si las órdenes de Napoleón se ejecutaban en tiempo útil.

Confúndese la imaginación cuando se reflexiona que éstos son guarismos reales, de los cuales se han excluído los no valores, y no guarismos ficticios como los que dan la mayor parte de los historiadores antiguos y modernos, hablando casi siempre á tenor de los rumores populares, casi nunca según los documentos de Estado, y no metiendo jamás en cuenta los enfermos, los destacados, los desertores. Sin embargo, no son éstas las fuerzas todas que Napoleón había aprestado para tan gigantesca lucha, después de la cual se decía con razón que sería el soberano real del mundo ó el mayor vencido de todos los tiempos. No desconociendo los terribles resentimientos de que su camino estaba, por decirlo así, sembrado desde el Rhin hasta el Niemen, había preparado á su espalda un poderoso ejército de reserva, cuyas fuerzas, diversas nacionalidades y distribución se van á enumerar ahora (1).

Empleando Napoleón con mucho tacto los buenos oficiales, vueltos de España por haberse hecho incompatibles con los que dirigían las operaciones en esta comarca, había elegido al mariscal Víctor, duque de Bellune, para confiarle el mando de Berlín tan luego como el ejército pasara de esta capital. Le reservaba una división francesa, la duodécima, compuesta de dos

(1) No necesito repetir que escribo teniendo á la vista los estados particulares del emperador, mucho más exactos que los del ministro de la Guerra, porque estaban rectificadas en los mismos lugares, y establecidos según las listas pasadas á los cuerpos en cada época de la campaña, estados que jamás han visto la luz desde que salieron de manos de Napoleón para pasar á los archivos. (N. del A.)